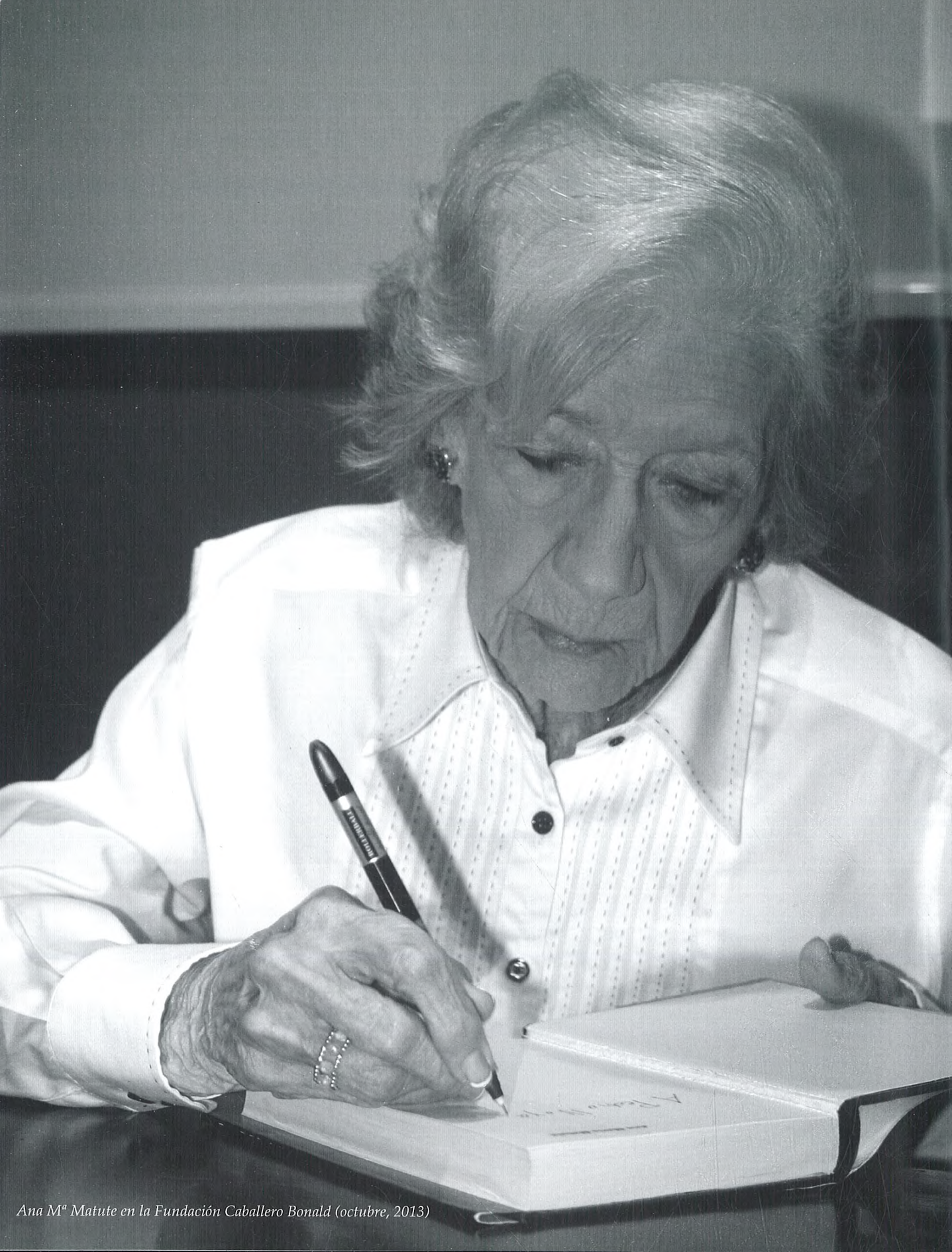
Ana María Matute,
a este lado del paraíso

Juana Salabert

Se recrudece de nuevo, mientras reordeno una de nuestras penúltimas charlas, destinada a esta espléndida *Campo de Agramante* editada por la Fundación que lleva el nombre del gran Caballero Bonald a quien ella tanto quiso, la congoja irreparable de su ausencia. Algunos meses después de la muerte de Ana María Matute, inmensa escritora y premio Cervantes 2010, es duro volver a escuchar su tenue voz grabada, el son cautivador y tintineante de su risa de bienhumorada sin malicia. Y sentarse a escribir con llanto quedo los párrafos más tristes al sentir que la he perdido, que la hemos perdido, porque su amistad fue y continuará siéndolo, uno de los mayores tesoros de mi vida. Ocurre muy pocas veces la dicha de que lleguemos a amar a un autor tanto como a sus obras, pero a mí, como supongo que a otros muchos, me sucedió exactamente eso nada más conocerla, hace ya muchas décadas, cuando yo era aún una adolescente



Ana Mª Matute en la Fundación Caballero Bonald (octubre, 2013)

que del mundo anhelaba ante todo el influjo, el vértigo descifrador de sus, al decir de Hugo, "mágicos alfabetos". Hay encuentros fulgurantes que tienen cualidades epifánicas, amistades esenciales y sin reservas surgidas de golpe, al calor y color de un instante, que al acrecentarse con los años nos tornan, sino mejores, sí más plenos y verdaderos... Me gustaba embromarla al respecto llamándola "reina maga". Y nunca, nunca dejará de emocionarme que entonces y después, mucho después, ella me tildara de "su gemela" con el hermoso argumento de que ambas nos "habíamos *reconocido*". "Dentro de mí, yo sigo teniendo de algún modo para siempre trece años", me adujo muchas veces esta viajera del coraje y el esplendor al otro lado de todos los espejos, de delicadeza y talento extraordinarios y curiosidad siempre intacta por las sorpresas, el misterio propio y ajeno, del *otro*. De ese, esos prójimos agobiados por desazones e injusticias, por las vueltas de tuerca de sus miedos, secretos y agravios de carencias, que en sus ficciones cobraban hondura y fulgor de almas vivas. Escuchándola, yo pensaba siempre, y así lo he escrito durante años, en esa hermosa aseveración de Onetti acerca de que "hay mujeres que nunca terminan de matar a la muchacha que llevan dentro", y me repetía que ella jamás empezó a hacerlo. Jamás condescendió a pactos lúgubres de rendición, ni en las peores épocas de su vida. Como muchos escritores que pasaron su infancia bajo las bombas y sufrieron al cabo las cuatro décadas de dictadura franquista, tuvo que vérselas con la grotesca censura del régimen, que tachó de arriba abajo su manuscrito de *Luciérnagas* por supuestas "inmoralidades" que la dejaron sin un anticipo editorial que entonces necesitaba urgentemente. "Qué discerniría toda esa gente ahí, esos mediocres que alertaban en sus informes de que simplemente por leer algunas de mis páginas ciertos niños, algunos muchachos, podrían incurrir en la tentación de lanzarse a apedrear a los hijos de los poderosos... Eso veían, que no la miseria y desgracia de tantos, los débiles y desventurados, los desposeídos. Cuánta ruindad y estupidez hemos tenido que padecer aquí durante años", seguía sulfurándose tanto tiempo después.

Y ahora, cuando observo esas fotos postreras, tomadas durante una última y reciente cena en mi casa, vuelvo a divisar esa chispa trémula y sagaz en sus ojos imantadores, vueltos hacia la sonrisa de su adorado hijo Juan Pablo, que con tanto amor y devoción la cuidó hasta el final, ayudado por Marisol, su entrañable mujer cubana, en la casa barcelonesa de terrazas de naranjos y limoneros donde escribió sus últimas obras maestras y "hacía tribu" con los suyos, como le gustaba afirmar entre risas. En esas últimas instantáneas, mi hija, que cuenta entre los más hermosos recuerdos de su niñez el haberla tenido para sí algunas tardes de soberana cuentacuentos con la muleta coquetamente apoyada en el regazo, sigue

escuchando sus palabras con la expresión de arrobo y hechizamiento de quien se adentra en un universo único. Es triste, y a la par hermoso, contemplar esas imágenes detenidas, en pos de los instantes felices y perdidos... Y aún peor retrotraerse al recuerdo emocionante de su funeral, donde su querida y vivaz sobrina Verónica, a quien le narró de niña los avatares del reino de Gudú según este se iba armando en su mente y en sus folios, Mari Paz Ortuño, íntima amiga y magnífica estudiosa de su obra, epilogadora de la póstuma *Demonios familiares* y Silvia Sesé, su cariñosa editora de Destino, leyeron hermosísimos textos en su honor. Luego de las horas de vela en aquella misma sala donde un año atrás ella había acudido a despedir, destrozada por la pena, a su maravillosa amiga y homónima, la dulce e intensa escritora Ana María Moix...

"Nunca llegas a recuperarte por completo de la pérdida de un ser querido, el tiempo atenúa, pero no cura ni borra", aseguraba, rotunda, cuando rememoraba esta y otras fatales pérdidas anteriores. Las de Julio, su segundo marido, con quien fue feliz, y las de sus familiares muertos e intensamente evocados (casi se podría decir que "convocados" al hilo de sus remembranzas), las de tantos amigos y compañeros de generación también ya desaparecidos, como la pareja Aldecoa. "Nunca vuelve el unicornio", argüía melancólica al respecto, tras la publicación en 2008 de *Paraíso inhabitado*, su penúltima gran novela, cuya escritura ha tildado bella y certeramente de "sortilegio" Pere Gimferrer en su conmovido prólogo a *Demonios familiares*, donde se refiere, a propósito de ambas obras, a una prosa "tensa, y al tiempo alucinada", de "máxima luminosa diafanidad y transparencia del castellano".

Y ahora, cuando regreso a aquella tarde en que grabamos, a escasos dos meses de su fallecimiento, para *Campo de Agramante* esta breve conversación en la cafetería de un hotel madrileño, recuerdo que volvió a repetírmelo con la grave serenidad de quien ya intuía, quizá, frente

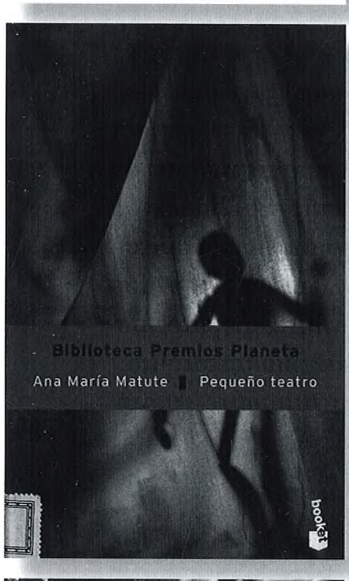
a sí *La puerta de la luna* próxima a cerrarse o abrirse del todo, quién sabe. "Nada vuelve, nunca vuelve el unicornio", reiteró, "porque la vida es siempre pérdida, pérdida abrupta, como cuando se pierde la infancia, que se nos va de golpe, como una luz o un paraíso que casi no llegamos a descubrir".

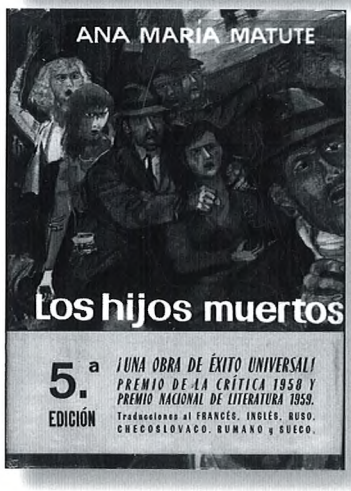
Eran las ocho de un frío anochecer de primavera y Ana María, que aborrecía las tardes ("la taaarde", pronunciaba con dramatismo burlón), y acababa de levantarse de una de sus siestas monumentales, apuraba un segundo expreso, regocijada por el gesto admirativo del camarero. "No, a mí el café no me quita el sueño... Otras cosas sí, sin duda, nunca he soportado la injusticia, la soberbia, la codicia, que tan presente está en muchos de mis cuentos y es la culpable, con toda su pobreza de alma, de esta nueva crisis económica que nos acogota ahora. Pero el café no, yo soy muy recia, aunque los años me hayan encogido un poco y vuelto de una apariencia de cristal".

Y enseguida apostilló:

- Lo que en estos momentos sí me quita el sueño es terminar *Demonios familiares*; tengo el final muy claro, hasta en sus últimas frases y como de costumbre a algunos personajes, aunque no a todos, los he "visto" antes de empezar a escribirlos. Creo que se trata de una narración muy distinta a las anteriores, es una novela de amor, de amor oculto. De varios amores, en realidad, algunos no correspondidos... Está protagonizada por una ex aspirante a novicia, más por aburrimiento que por verdadera vocación, que regresa a la casa de su padre, un coronel inválido, en mitad de una guerra que nunca llega a nombrarse... Se trata de la guerra civil española, por supuesto, pero al revés que en otras obras mías he preferido obviar fechas y detalles, convertirla en un telón de fondo, en una especie de coro mudo, y destacar, en cambio, en primerísimo plano a los personajes principales. Uno de ellos es un aviador herido... Y gracias a mi hijo Juan Pablo, que fue piloto, ahora mismo lo sé casi todo acerca de los aviones de los años 30.

Observó acto seguido con cierta curiosidad la diminuta grabadora que yo, que llevo décadas sin ejercer de entrevistadora, manipulaba con indisimulada torpeza y cambiando de tema, desde el pudor algo supersticioso y obsesionante de quien aún no ha tecleado la palabra FIN sobre su manuscrito, me dijo que el mundo se estaba volviendo un lugar demasiado "pendiente" de las máquinas. La extraordinaria autora de *Primera memoria*, *Los hijos muertos* u *Olvidado rey Gudú*, por mencionar azarosamente algunos de sus títulos, no usaba móvil y siempre se negó a escribir cartas, que le inspiraban auténtica aversión. Rechazaba el ordenador ("para qué lo quiero, si escribo de un tirón y sólo corrijo obsesivamente al final,





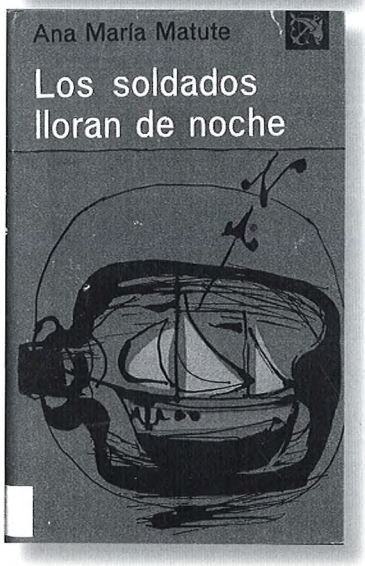
o más bien elimino, porque quitar adjetivos superfluos se ha vuelto para mí con el tiempo como una suerte de añadido necesario... Así es que me gusta seguir con mi vieja máquina de escribir eléctrica, aunque hacerse con las cintas esté empezando a convertirse en un problema casi angustioso"), no por inconcretos temores o resabios de la purista que jamás fue, sino por desconfianza hacia la quimérica facilidad de los mundos "felices", regidos por la promesa de una constante "inmediatez".

- Verás, igual que digo no se puede enseñar a nadie a "escribir", ni en universidades ni en talleres ni en nada parecido, y te lo dice alguien para quien la experiencia misma de la escritura es, aparte del nacimiento de mi hijo, que nada hay en el mundo comparable a eso, lo más importante de mi vida, mantengo con algo de temor que se está perdiendo, o se ha perdido ya, el concepto mismo de la literatura. Mucha gente parece creer ahora que la literatura es una historia que te dan hecha, hoy a nadie se le ocurre que un libro pueda influir en algo y claro que puede, un libro, los libros pueden cambiar vidas... *Guerra y paz*" o *La reina de las nieves*, por poner sólo dos ejemplos, nos han marcado a mucha gente, pero ahora demasiados, a los que sospecho que ni siquiera les apasionó nunca leer "de verdad", creen que escribir equivale simplemente a "contar" algo rápido, de manera más o menos "correcta", a juntar las cuatro letras de una especie de "suma y sigue", a la espera única de que otros les premien pronto por ello. Con dinero, por supuesto, pero también con cierta clase de bobo reconocimiento pasajero que se parece demasiado a aquellas viejas y horribles "presentaciones en sociedad". Y esa es la visión que está acabando por triunfar... De hecho, hoy día creo que nadie, ningún poder, del tipo que sea, les *teme* ya a los escritores, es como si todo se hubiera diluido entremedio de tanta velocidad y permanentes novedades de aparatitos y pantallitas. Observo últimamente que hablar de literatura empieza a parecerse a hablar en clave. Pero el deseo de escribir surge, espero que siempre

surja, de algo muy distinto. Cuando yo me enamoré de las palabras que creaban mundos, de la mano de los cuentos de hadas, antes de haber aprendido todavía a leer esas letras como hormiguitas que guardaban en su trazado tiempos pasados e incluso memorias futuras, ya sabía en lo más profundo lo que quería. Y lo que quería era vivir "dentro" de la literatura, no a su alrededor. En su magma y no en su lava. Si hablo del bosque, por ejemplo, sobre el que tanto he escrito como territorio mítico donde todo empieza y acaba, *puede* empezar y acabar a la vez de continuo, yo soy el bosque, no su mera espectadora.

- Como Adri, la niña de Paraíso inhabitado, *de quién su maravillosa y excéntrica tía Eduarda dice, acerca de sus supuestas "rarezas", que "tendrá otro lenguaje", tú empezaste muy pronto a residir en ese "otro lenguaje" del que se nutre la materia de los sueños, en el revés de las cosas y los seres. Rilke escribió en sus* Cuadernos de Malte Laurids *que "antes de ver hay que haber aprendido a mirar". ¿Escribir es mirar más lejos, buscar la "videncia" más allá de tramadas evidencias, ir al otro lado del espejo?*

- Sí, pobres de aquéllos, seres de orden, que nunca se atrevieron a cruzar esa barrera, a abismarse, son los mismos que dicen con toda tranquilidad que "no se acuerdan de su infancia", ignorantes de que el hombre es lo queda del niño, o que pretenden que lo leído en un cuento o una novela "no es real". Gente como, por ejemplo, una mujer que se me acercó en una ocasión y me dijo, con toda desfachatez y ojos acusadores, que había mucha crueldad en mis relatos y que por eso ella "reescribía" sus finales. ¡Cuánto me indigné, cómo me enfadó su osadía de cobarde! Tipos así me recuerdan a las muñecas recortables de mi niñez porque se empeñan en su idea, odiosa, de "perfección", han olvidado, o nunca se enteraron, de que crecer, vivir, es como inclinarse encima de una balanza cruel, nadar a la desesperada hacia una costa donde quizá se escondan caníbales. Tienen alma de censores, le temen a la inquietud y el desasosiego y persiguen consentimientos... Son de esos "virtuosos" de sonrisa falsa que podan a su antojo los cuentos de hadas y se escandalizan por nimiedades, aunque luego vuelvan la cabeza para no tener que preocuparse por lo verdaderamente importante. Pero en fin, volviendo a nuestro asunto, ese momento en que Alicia cruza el espejo es a mi juicio uno de los más formidables y poderosos de la literatura... Además, los espejos han tenido una gran importancia en mi vida, me acuerdo perfectamente de uno muy grande que estaba en la leonera, en nuestro cuarto de juegos infantil. Y también de otros pequeñitos, que le compraba en verano a los buhoneros, los llevaban en sus alforjas y eran todavía más misteriosos por lo minúsculos... Yo siempre me sentiré a mis anchas entre la gente que no se queda a este lado de su reflejo, que mira y escucha a los demás, y se interroga y no lo da todo



por hecho y sabido de antemano. Porque escribir es indagar, apartarse de lo recibido e indagar.

- Y hablando de "orden", muchos se empeñan en establecer fronteras entre tus obras, catalogándolas en "realistas" y "fantásticas" desde la aparición de La torre vigía. *Pasando por alto, por ejemplo, que* Olvidado rey Gudú *es una "historia de historias" en la más pura tradición cervantina, y que la pretensión "realista" no pasa de ser, a fin de cuentas, otra "gran ilusión" del idealismo.*

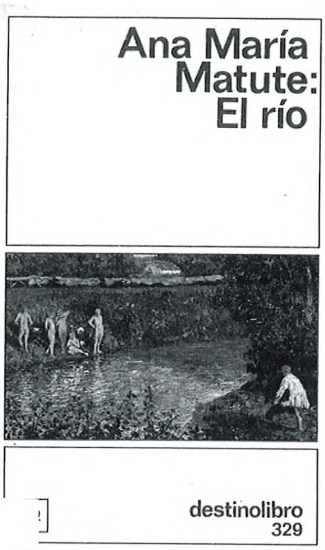
- Sí, yo tampoco he advertido nunca ninguna diferencia, en todos mis libros, traten de lo que traten, hay motivos e inquietudes comunes, que de un modo u otro aparecen, lo quiera yo o no, en filigrana. Pero sucede que en España, al contrario que en Francia o en el mundo anglosajón, se le ha temido durante siglos a la imaginación como a un elemento peligroso, desbocado y perturbador. Por fortuna, esto ha ido cambiando... Cuando en los noventa se publicó *Olvidado rey Gudú*", la novela en la que "viví" durante años y años de ensimismamiento casi encantado de escritura, las mentalidades ya eran más abiertas en ese sentido.

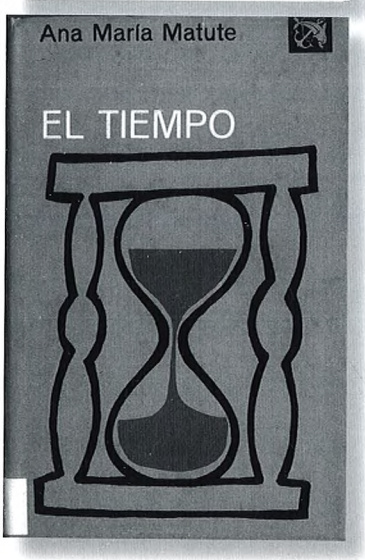
- La carga simbólica es muy importante en tu obra, donde hay un manejo constante de correspondencias cuasi baudelairianas entre el arriba y el abajo, el anverso y el reverso, la luz y la oscuridad... Pienso en el árbol de los juegos del Gudú, que florece cuando lo rodean los niños, en los armarios del cuarto oscuro de Paraíso inhabitado *donde una* Adri castigada empieza a sentirse realmente libre de "ver" cuánto le rodea... *Y percibo que, como en la gran pintura holandesa, sueles desplazar la atención a los pequeños detalles. La perla de la corbata de Kepa Devar en* Pequeño teatro, *por ejemplo, o "los brillantes sucios" de las sortijas de la abuela de Matia en* Primera memoria, *son elementos esenciales, que "significan" y dan sentido a los conflictos y el estar en el mundo de tus personajes.*

- Es cierto, aunque no se trate de algo medido y voluntario y yo no sepa analizarlo racionalmente, ya te digo que a muchos de mis personajes los "veo" según me van apareciendo. Y esos detalles son como pinceladas, sí, que sugieren y revelan algo, bastante, de sus mundos interiores, como a veces pueden hacerlo también sus propios nombres, así sucede, al menos, en el caso de varios de los personajes del Gudú. Sugieren más que desvelan, en realidad. Porque de los personajes nunca se debe "explicarlo" todo, eso sería nefasto. Tienes que ir conociéndolos mientras los imaginas, saber que cada uno tiene y tendrá su propio "lenguaje", que encierra y contiene toda su "historia", la vivida y la futura... y quedarte siempre un peldaño más abajo, ¿verdad? Me has dicho muchas veces que te impresionan las distintas hablas de mis personajes, los de orígenes más populares y los de quiénes en principio organizan y "mandan" sobre el resto, los "gigantes" los han llamado, con sorna un poco temerosa, algunos de mis personajes... Y creo que eso es porque desde pequeña estuve atenta a los "runrunes" a los que pocos prestan atención, a las charlas, en apariencia intrascendentes, de personas que sabían mucho, demasiado, de la vida, de los problemas y los sentimientos, sin haber ido casi a la escuela, no en vano me reñían en mi casa porque me pasaba media vida en la cocina, oyendo trajinar a las muchachas. He aprendido mucho de la literatura, que es parte de la vida, pero también del contar de seres maravillosos, como mi tata Anastasia Arrizabalaga, o los de aquellas mujeres que desplumaban pollos junto a un barranco de Mansilla de la Sierra, el pueblo de los veraneos de mi infancia, ése que inundaron las aguas de un pantano y cuyos tejados, el de mi cuartito entre ellos, asoman a veces, cuando hay sequía, como en un espejismo. Allí y en sus voces, yo descubría otras realidades que eran verdaderos pórticos a todo lo que existe, fui receptora y exploradora del dolor y la magia, de la penuria y los portentos.

-Como en Faulkner, el drama de la guerra y la compasión están muy presentes en casi toda tu obra, no sólo en la intensísima Los soldados lloran de noche *o en tu monumental* Los hijos muertos, *donde Herrera le dice a Daniel Corvo: "los hijos muertos pesan sobre nosotros". Tú tenías once años recién cumplidos cuando estalló la guerra civil.*

- Fue espantoso, de repente la muerte, el odio y el hambre ya no eran únicamente palabras leídas en un cuento, un capítulo. He dicho muchas veces que los niños de mi generación fuimos niños "asombrados", criaturas que de la mañana a la noche se vieron, nos vimos, confrontadas a la peor parte de la realidad. Yo jamás olvidaré el terror de los bombardeos, cuando mi padre, que adelgazó quince kilos en pocos meses, nos tomaba de la mano a sus hijos y nos decía "apoyaos en esa pared, que es maestra, es sólida, un muro de carga", si no nos había dado tiempo a bajar al





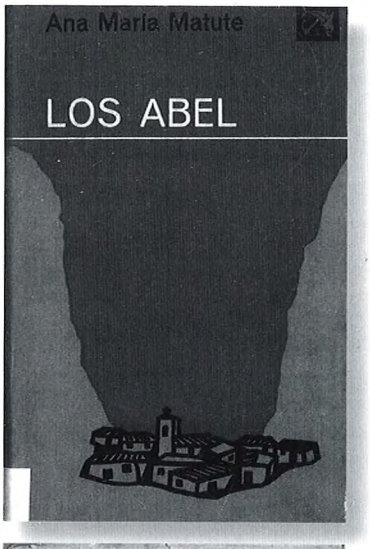
refugio". Esos bombardeos franquistas sobre Barcelona, de día y de noche... ¿Por qué nos machacaron a bombazos a nosotros, niños y población civil indefensa? ¿Con qué derecho? Mi recuerdo de esos bombardeos es tan intenso que nunca he soportado después el ruido de tracas de las fiestas patronales; cuando vivía en Sitges me marchaba antes de que empezaran. Ninguna guerra es buena, ni mucho menos santa, conque imagínate una civil. Mis hermanos y yo no sabíamos nada del mundo, hasta ese momento habíamos vivido de puertas para adentro de la casa, protegidos... Aquello fue como aprenderlo todo de golpe, en las colas para el pan, donde trababas fuertes amistades repentinas sin vigilancia de los adultos, en las calles donde los camilleros retiraban a los muertos de entre las ruinas humeantes. Lo único memorable de aquellos años espantosos es que rutinas, normas y hasta disciplinas absurdas se relajaron de un modo increíble, en un visto y no visto. Yo aprendí mucho entonces de los seres humanos y sus dramas, de las inmensas diferencias y barreras sociales, de la injusticia, los odios y los crímenes de venganzas, pero también de la bondad y la generosidad extremas. Pero a qué precio. Nadie tendría que pagar jamás semejante precio, ni a esa edad ni a ninguna otra. Y sin duda, ese precio ha marcado mi obra, donde la huella de la muerte de Abel es muy profunda, al igual que en mi memoria.

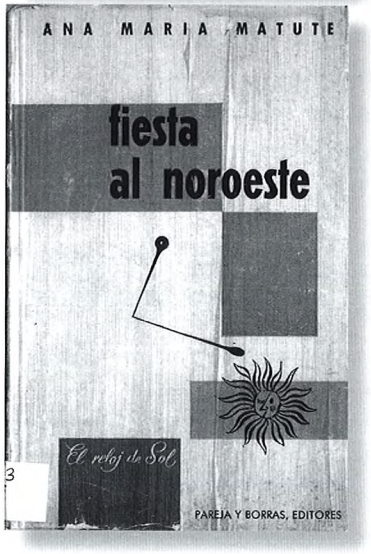
- Y luego, para colmo, la dictadura. Empiezas a publicar jovencísima, eras aún una adolescente con calcetines blancos cuando llevaste a la editorial Destino, escrita a mano y sin mecanografiar, tu primera novela...

- Por si fuera poco, la dictadura, sí. Yo tuve que vivir una adolescencia amarga en una época durísima, pasar lustros y décadas de mi vida en un régimen estúpido y avasallador, sin libertades, si miro atrás me doy cuenta de lo que hemos soportado, pero supongo que lo resistimos porque la vida puede con casi todo, y en el caso de nosotros, los jóvenes, pues nos empujaba la curiosidad, nos ayudaban el entusiasmo y las ganas de hacer cosas, de leer y descubrir

en medio de tanta necedad, tanta represión y prohibiciones sin número. Ahora, que si hablamos de ese primer contacto editorial, ¡cuánto me emociona recordarlo! El escritor Ignacio Agustí, que trabajaba en Destino y era todo un caballero, me recibió muy amable, con muchísima exquisitez y sensibilidad y me explicó que debía pasar a máquina mi manuscrito para que lo leyeran. Me trató con elegancia, sin paternalismos, siempre le estaré agradecida. Mi padre se quedó estupefacto y emocionado con la llegada a casa, meses después, de mi primer contrato literario, que tuvo que firmar conmigo porque yo era menor de edad. ¡Creo que para un escritor no hay momento comparable al de tocar, por fin, su primer libro impreso! Esa primera noche dormí con un ejemplar bajo la almohada. A fin de cuentas, no había pasado tanto tiempo desde que yo le inventaba, de muy niña, por las noches a mis hermanos una "novela", ambientada en una "Revolución francesa" bien peculiar, que siempre terminaba con una "mañana continuará". Llegado ese momento, ellos protestaban por la interrupción, yo me acostaba, me metía bajo las sábanas y antes de dormirme me lanzaba a barruntar qué inventaría para qué sucediese al día siguiente. En ese "mañana" abierto que era ya el de la novela, distinto al más rotundo y cerrado del "Erase una vez" de los cuentos, aunque yo, que he escrito a mansalva uno y otro género, aún no lo supiera conscientemente. Y de un modo u otro, así ha sido y será siempre en mi vida... Un pensar "y mañana, qué será mañana de los míos, de mis personajes", que a veces da frutos inmediatos y otras necesita de mayores tiempos de maduración. En cierta manera, yo he escrito siempre, incluso cuando no tenía un papel delante o había tardanzas de publicación entre libro y libro. Porque escribir, mal que le pese a algunos, es una manera de vivir, no una simple profesión. Ni siquiera cuando logras subsistir, a trancas y barrancas, apasionadamente, con un sinfín de dificultades entremedias de las alegrías, los logros y los éxitos, de la escritura, esta es "sólo" y únicamente un oficio. Por eso me horroriza un sistema como el actual, que pretende de los escritores, que "saquemos novedades" de continuo... El avance de la industria es necesario, qué duda cabe, pero nosotros somos otra cosa, "algo" más que una aparición, un título de temporada. Y ahora que todo dura tan poco yo echo de menos los tiempos en que un gran libro se "quedaba" de verdad a vivir en las buenas librerías. Ya sabes, esos en los que no te costaba encontrar a autores fundamentales para, por ejemplo, regalarle una de sus obras a alguien... Porque cosas espantosas que antes veías, como mucho, en los kioscos, ahora campan por los escaparates. Todo está mezclado, Proust con una cantamañanas televisiva, Andersen con alguna boba "reinterpretación para niños", Twain con las memorias "supuestas" de cualquier medio idiota "famoso"... Y eso es cualquier cosa menos bueno.

- Y hablando de alegrías, recuerdo tus carcajadas de júbilo al enterarte de la concesión del Cervantes... Antes ganaste muchos premios, los más importantes, te tradujeron a multitud de lenguas y fuiste varias veces candidata al premio Nobel, pero éste lo disfrutaste, sospecho, más que ningún otro.





- ¡Es que fue un instante maravilloso! No exagero si digo que es uno de los mejores de mi vida, después del nacimiento de Juan Pablo, del momento en que le vi la cara a mi hijo. Un premio con semejante nombre es un regalo, el mayor de los regalos. Me puse contentísima, contenta como nunca. Y eso que al poco me entró el temor de tener que pronunciar el discurso unos meses después... Porque ya sabes lo mucho que me aterra hablar en público, siempre me atemoriza que en esos momentos regrese de improviso la tartamudez que sufrí de niña, no por culpa de ningún defecto del habla, sino por pura timidez. Pero la verdad es que lo solventé muy bien, tiré para adelante y no me trastabillé, me sentí incluso cómoda con mis folios en la mano.

Y entonces volvió a reírse, feliz, como sólo ella sabía reírse, incluso con un brazo en cabestrillo o a las puertas de alguna operación quirúrgica. "Con risa de pirata", remachaba al despotricar, libre de las tiranías del gusto volátil y encumbrado por los mecanismos antañones de las "modas", contra esa clase de "vitoreados emperadores que no por embelesarse con aplausos cortesanos dejan de desfilar desnudos". "Todos estos *diseñadores*, ya me entiendes, que nos han condenado a incomodísimas habitaciones de hotel sin mesillas ni armarios, y ciertos *cocineros* que matan de hambre con sus espumas de nada, a los que por lo visto hay que aplaudir como si fueran Picasso o Rodin". Se le transformaba la cara entera, se le encendían los ojos y regresaba a la niña y la muchacha que siempre albergó dentro de sí, despiertas y atentas al llamado eterno de los sueños, donde la vida, la "verdadera" vida de las invenciones, esperaba siempre en otra parte, esa otra parte escondida, y sin embargo visible, de sus misterios.

Ana Mª Matute y Juana Salabert en la Fundación Caballero Bonald (octubre, 2013)

"Yo estoy seguro de que la vida anda escondida por alguna parte", afirmaba Ilé Eroriak en *Pequeño teatro...*

"Mírala, auténtica dama blanca", me dijo entrecortadamente aquella mañana de fines de junio su hijo Juan Pablo ante su urna de cristal... Y por un instante *creí* que ella le sonreía a su muchachito grande y hombre, y también, a su través amado, a todos aquéllos que tanto la quisimos, desde el lado último del espejo final.

Pero entonces volví a oírte, Ana María, a escucharte decir sin énfasis que "nunca vuelven los unicornios". Y de nuevo supe que se escribe para que vuelvan, a sabiendas, y ése es el drama, pero también la mayor grandeza de la literatura, de que no volverán. Nada volverá y sin embargo regresará todo, porque, como dijo tu Matia en *Primera memoria,* hay "un latido de luz en el aire o dentro de nosotros. No se sabe".

Tu tiempo será ya para siempre el nuestro, Ana María, porque pervive en la belleza de tus palabras de valor y viento, y como afirmaba tu Once en *Olvidado rey Gudú*, "su guardián es ahora tu recuerdo"

Pero yo jamás me consolaré de haber perdido tu risa, tus audacias de muchacha, tu amistad, cariño y encanto, inmensos como tu genio de artista.